El Eco de Cartagena

Año XXXII. DECANO DE LA PRENSA LOCAL Núm. 9083

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Cartagena.—Un mes, 2 pesetas. Tres meses, 6 id.—***Provincias.***—Tres meses, 7'50 id.—***Extranjero.***—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción empezará á contarse desde 1.° y 16 de cada mes.—La correspondencia se dirigirá al Administrador.

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette rue Caumartin, 61, y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31, y en Lóndres, Agencia General Española, 6, Great Winchester. Street

LAS SUSCRIPCIONES Y ANUNCIOS SE RECIBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCION Y ADMINISTRACION, CALLE MAYOR 24.

MARTES 9 DE FEBRERO DE 1892

COLABORACION INEDITA

LA NOCHE ANTES

Permanecieron conmigo poco más de un cuarto de hora; habían venido á decirme en qué condiciones debía verificarse el duelo, y con toda la gravedad que requerían las circunstancias, me refirieron su entrevista con los padrinos de mi adversario, acuerdos que tomaron, armas elegidas, sitio designado, en fin todos los detalles precisos del lance, que escuché casi sin darme cuenta de lo que oía; tal impresión causaba en mí el desenlace imprevisto de un asunto desagradable.

—Vaya chico, ya estás en antecedentes; con que, no te dejes abatir, ánimo y ya lo sabes; á las seis y media en punto estaremos aquí. ¡Ah! tus pistolas están sin estrenar ¿verdad? ¡Bueno! Entonces nada hace falta ya.

Y se fueron con la misma tranquilidad con que hubieran podido dejarme después de la invitación á una alegre fiesta.

¡Un duelo! Y después de todo ¿por qué? por nada, por una futeza; el marquesito sin duda había bebido algo más de lo conveniente aquel día, y así como pudiera haberle dado el vino por divertirse, le dió por armar quimera y ¿con quién fué á dar? con una bofetada que resonando en todo el salón, llamó la atención, produjo confusión y sustos y alborotos... y después nada, todo quedó tan tranquilo; dos amigos por parte de cada uno se encargaron de arreglar la solución del incidente con la misma meticulosidad que si se tratase del delicado *menú* de algún banquete, y yo, enemigo del duelo, me encontraba bonitamente mezclado en uno serio, muy serio; como que se trataba nada menos que de una bofetada recibida en pleno rostro y en presencia de lo más distinguido de la *creme*.

Las doce dieron lentamente en el reloj como si el martillo de la campana diese en mi cerebro golpeando sin compasión, fueron doce tremendos martillazos que me hirieron y casi despedazaron mi cabeza, en que en confuso tropel, en revuelto torbellino las ideas chocaban unas contra otras produciéndome, no malestar, dolor tampoco, un no sé qué indefinible; una especie de volcán parecía desenvolverse en ella buscando el lugar en que producir el taladro para arrojar fuera con estruendo exorbitante aquellas materias candentes que mantenían el fuego del tormentoso pensar, avivado por la hirviente imaginación imposibilitada de permanecer inactiva.

¡Las leyes sociales! Era preciso obedecerlas; el amor propio interesado, la reputación, la dignidad, el pundonor, todo dependía de la correcta solución del asunto; solución sugeta á un albur de la suerte, á la mejor puntería de uno de los dos adversarios que con pulso más sereno y mejor acierto atinase á hacer blanco en su contrario, cuya vida pendía de tan sencilla como terrible circunstancia: del acierto.

Mi mujer entrando en mi despacho no sorprendió por fortuna la desazón que me dominaba; colocado al abrigo de la sombra nada podía hacer traición á mi rostro ni denunciarme y antes que pudiese adivinar algo, para borrar toda sospecha, la participé que me agobiaba pesar profundo, hijo de un mal negocio.

¡Inocente! No solo no dudó de mis palabras sino que con sus cariñosas frases trató de mitigar mi pena ¿no nos bastaba con nuestra fortuna? ¿á qué buscar esos negocios que sólo disgustos me proporcionaban? ¡Ah! ¿no sabes? dijo de pronto; el «Imparcial» de esta noche habla de un lance pendiente, entre un título y un escritor, por una bofetada ó no se qué, no me he enterado bien; mira ¡Selo y verás; vamos á ver si entre los dos sacamos quienes son.

¡Cielo santo! ¡Leer yo mi propia desventura y á aquel ángel que Dios me dió por compañera, para su mayor castigo! No leí; hice tomar otro giro á la conversación; hablamos no sé de qué; tonterías, palabras, pero nada «Mira acuéstate le dige yo al cabo, tengo mucho que escribir y mañana entregar muy temprano algunos trabajos, acuéstate que yo me voy á poner á trabajar.» ¡Siempre lo mismo! ¡cómo ha de ser! decía la pobre. ¡Infeliz! qué agena estaba de la verdad!

Ya lo creo que tenía que escribir; pensaba dejar dispuestas en pliego cerrado mis últimas disposiciones; que mi madre supiese que mis pensamientos postreros serían también para ella ¡qué diría cuando supiese la verdad! ¡Qué había de decir! Que mi padre hubiera hecho lo mismo y que el hijo debía heredar al padre, ¡triste herencia! Tener valor y corazón para salvarse, matar así, por una chiquillada del marquesito.

¿Mi fortuna?... que hicieran de de ella lo que quisieran, ¿Mis libros? ¡oh! mis libros; esos buenos amigos, que se conservasen intactos para mi hijo ¡mi hijo! quizá al despertar al día siguiente sería huérfano; su padre habría sucumbido dignamente en un lance de honor ¡qué sarcasmo! un lance de honor acarreado por una borrachera; el agua enfangada queriendo confundir su suciedad, con la pura y cristalina del manantial; la impureza en lucha con la pureza; la antítesis contra la antítesis.

¡Las cinco! Dos horas de vida aun...; en aquellas dos horas, fantásticos fantasmas pasaban ante mis ojos como burlándose de mi situación, en mofa con mi sufrir; los *bibelots* que adornaban los estantes, grotescamente me parecía verlos hacer piruetas y dengues y gestos y hasta creía escuchar el ruido de sus piececillos y sus peanas al chocar secamente en la madera así como con traqueteo de huesos. Mi vida entera cruzó por mi mente como si la conciencia quisiera en mi lenta agonía poner de relieve mis defectos y faltas en mayor número que las perfecciones y buenas obras; yo no era malo no; era lo que se llama correcto en esa sociedad en que se exterioriza no más; atento, cumplido, sabía hablar, escribir, mi nombre era conocido; sin ser una notabilidad, no pertenecía al montón; ni bueno, ni malo, algo más que una medianía; se podía contar conmigo, era como suele decirse un buen chico.

Al parar el carruage á la puerta de mi casa creí sentir sus ruedas por cima de mi pecho ¡qué puntualidad! ¡era asombrosa!, la dignidad del cargo no permitía á mis padrinos conceder ni un minuto más de espera.

¿El último vistazo? ¡No, ni pensarlo! En un dos por tres estuve en la portería y al poner el pie en el estribo miré por última vez hacia arriba; partió el coche y miré de nuevo ¿era ilusión ó realidad? una mano levantando cuidadosa los visillos del balcón dejaba ver en la semioscuridad de la mañana una cabecita de mujer, pero ¡bah! no, no podía ser sino una ilusión; si ella no sabía nada ¿por qué se iba á asomar?

El fresco de la mañana fué benéfico para mí; al herir mi rostro refrescó mi cabeza ardiente ¿era fiebre? sí, fiebre, impaciencia, delirio; mi mismo pensamiento haciéndome discurrir en secreto sobre el duelo ¡el duelo! sí; yo era su enemigo acérrimo; indiscutiblemente nunca lo aceptaría ¿en un caso extremo? tampoco; el hombre herido en su honra no puede encontrar en él los elementos que han de lavar la mancha; su sangre vertida; buen modo de purificar la honra.

¡Hemos llegado! dijo uno, no sé quién; el marqués y sus amigos esperaban ya; podíamos colocarnos á la distancia propuesta y ya medida! en guardia, sonó una palmada, dos detonaciones se oyeron, luego otras dos... el honor estaba salvado y un hombre en tierra vertía sangre en abundancia por una herida de bala recibida en un brazo; yo era el vencedor ¡qué heroicidad... y que crimen! ¡yo duelista!

Aquella tarde decían algunos periódicos «En la mañana de hoy el marqués de tal que en compañía de nuestro querido amigo don fulano, en la quinta de... examinaba un arma de fuego, tuvo la desgracia de que ésta se le disparase casualmente, recibiendo una herida en tal sitio, que reviste cierta gravedad.»

El marquesito y yo éramos dos valientes, todo Madrid lo sabía—¡oh, venturosa ley que riges la sociedad!

Condenaba el duelo antes y ahora lo condeno más; mucho debe sufrir el desgraciado que espera en capilla que llegue el momento de expiar su crimen; pero yo, crean Vds. que sin haber cometido ni siquiera una falta censurable, pensando en que iba á batirme, pasé horas terribles de angustia y desesperación «la noche antes.»

DIONISIO MORQUECHO.

31 Enero 92

VARIEDADES

EFEMÉRIDES HISTÓRICAS

9 DE FEBRERO DE 1724.

Proclamación en Madrid de D. Luis I.

Por abdicación de Felipe V recayó la Corona de España en su primogénito D. Luis Fernando, el que después de aceptar la escritura de cesión se trasladó desde el Escorial á Madrid para el acto de ser proclamado. En calidad de Consejeros le había designado su padre á los Marqueses de Miraval y de Leda, de los Presidentes de los Consejos de Guerra, de Indias y de las Ordenes, el inquisidor general Camargo, Arzobispo de Toledo D. Diego Astorga y al Presidente que había sido de

—En qué te figuras que pensaba.

—En escaparos.

—Es un deseo bien natural en mi situación, y no hace falta haber estudiado la magia para adivinarlo. Yo pretendo escapar y tu quieres retenerme; esas son nuestras respectivas situaciones. Falta saber cual de los dos será más astuto.

La joven se aproximó á Della Porta y repitiéndole la recomendación ya hecha por Cipriano la Galla:

—No pretendáis huir, señor, murmuró en voz baja. Y añadió juntando las manos con aire de súplica:

—Os lo ruego, no lo intentéis!

—Por lo visto hay grandes peligros en ello, dijo Domenico aparentando una indiferencia que estaba muy lejos de sentir.

Mariuccia hizo una señal afirmativa.

—Se me atisba por ahí afuera, eh!

—No me preguntéis detalles, respondió la hermana de Fra Giacomo; no debo decir más... Aquí los habladores aprenden á callarse. Al principio daba de buena gana suelta á mi lengua, pero después...

—Al principio de qué? Es que por ventura no has hecho siempre la misma vida que ahora?

—Oh! no señor.

—En dónde estabas antes de venir aquí?

Mariuccia no contestó.

—Seré tonto! se dijo Della Porta. Apenas hace dos horas que conozco á esta pobre muchacha y ya preten-

te la vuelta de Mariuccia que había bajado á la cocina para preparar el desayuno.

Poco tiempo tardó en repartirse por toda la casa un olorcillo gustoso, que contribuyó á embellecer las ideas de Domenico, y á hacerlo más y más indulgente.

—Parece una buena muchacha esta Mariuccia, pensó... Es lástima que tenga los ojos tan redondos, parecen flores de loto, como se dice en París. Después de todo si hace bien el risotto!

Mariuccia estendió un blanco mantel adornado de cenefas sobre la mesa en que estaba la alcarraza, abrió la ventana para dar un poco de luz al prisionero y para alegrar el banquete, y enseguida sirvió el *risotto* humeante y una botella de vino; Della Porta [no dejó de comprender que esta confesión va á quitarle gran parte de su prestigio] no pudo por menos de convenir, en que apesar de sus desdichas había conservado un hermoso apetito.

Mientras comía buenos bocados y bebía magníficos tragos, no dejaba de mirar con envidia la ventana; pensaba en Valentina que lo esperaba allí abajo, en René que sin duda lo buscaba, en sus negocios paralizados, en las calumnias que no dejarían de inventarse por causa de su desdichada aventura. Suspiraba, pero comía.

—Sé muy bien en qué pensáis, dijo Mariuccia.

—Eres hechicera?

—Pueda ser.

todo por el todo se levantó resueltamente, y buscó el origen de su miedo.

Desde luego reconoció que sus oidos no lo habían engañado; la puerta estaba abierta.

Alguna persona había entrado.

Como había pasado la noche alerta, en un momento estuvo listo: se calzó, encendió una luz y emprendió por su cuarto un viaje de exploración.

Todas las cosas estaban en su sitio; no encontró nada sospechoso.

Entonces volvió á acostarse.

Apenas lo había hecho cuando se sintió de nuevo el mismo ruido; Domenico creyendo tener que habérselas con un aparecido, resolvió esperar al enemigo.

El fantasma se aproxima... se aproxima más, apoya su mano sobre la almohada, y el peso de esa mano era tan leve que casi no se hundió aquella. Della Porta contuvo su respiración, y sintió un soplo imperceptible que acariciaba su frente y sus cabellos. El aliento del fantasma era suave y regular. Domenico creyó que era el alma de su madre que flotaba en el espacio.

—*Cara madre!* dijo, *dilettissima madre!*

Ya no sentía miedo; no tenía más deseo que el de ver á su madre que había muerto lejos de él, durante su permanencia en París, y cuyas últimas palabras no habían podido recojer.

Se volvió, persuadido de que iba á encontrarse cara á cara con la sombra de la muerta, pero la persona que